

EL PETROLEO SOVIETICO Y LOS DESATINOS DE LA CIA¹

Isaac Fernando PALACIOS SOLANO*

Tal vez uno de los problemas que mayormente ha llamado la atención mundial durante los últimos años lo constituye la cuestión petrolera. Ello es así, en virtud de las implicaciones económicas, financieras, políticas e incluso científicas y tecnológicas que tiene el petróleo en su carácter de ser —desde finales de la Segunda Guerra Mundial— el principal energético internacional, a la vez que por la posibilidad de desprender del mismo diversas materias primas para una amplísima gama de usos industriales.

El libro que en esta ocasión reseñamos, además, tiene el atractivo de que aborda lo que ciertamente, como su autor señala, constituye un enigma —aunque relativo, diríamos nosotros— esto es, los antecedentes, desarrollo y posibles perspectivas de los hidrocarburos en la URSS: los primeros productores y segundos ex-

portadores de petróleo crudo, a nivel mundial.

El título de la reseña, obedece a que el libro que comentamos tuvo como base una serie de largos reportes investigativos de la CIA, que hasta abril de 1977, mantenían que la URSS hacia 1985 estaría importando entre 3.5 y 4.5 millones de barriles diarios (MMBD) tanto para uso propio como para los países socialistas de Europa oriental.

Pues bien, sin duda de entrada se debe reconocer que se trata de un amplio y rico estudio que a lo largo de sus ocho capítulos y más de 500 notas de pie de página apoyadas tanto en fuentes occidentales como soviéticas, logra cuajar un recorrido histórico desde la Rusia zarista, pasando por los profundos cambios que implicó la instauración del primer régimen socialista —la industria petrolera se nacionalizó en junio

¹ *The Enigma of Soviet Petroleum: Half-empty or half-full?*, Marshall I. Goldman, Editorial George Allen & Unwin, Londres, 1980.

* Investigador Asociado del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM. Integrante del equipo de Economía Mexicana y Petróleo.

de 1918—, la segunda conflagración mundial, los años de posguerra, hasta arribar al desempeño de este país en la denominada «crisis energética» que se desenvuelve desde 1973. Finalmente, se dedican tres últimos apartados a intentar dar respuesta a interrogantes claves para la política norteamericana en su febril embate a la economía soviética, tales como: ¿será capaz la URSS de satisfacer sus necesidades energéticas?, ¿forma parte de los intereses norteamericanos el que se incremente su producción de petróleo y gas?, ¿cuál debiera ser la política de los EUA?, etcétera.

Sin embargo, el trabajo de Marshall I. Goldman, profesor de Economía en la Universidad de Harvard, a nuestro parecer también tiene claros desatinos, tanto en la interpretación de algunos hechos como en algunas de sus conclusiones, debido a que pese a un intento de análisis objetivo —que en cierta medida se logra— hay en sus posiciones evidentes prejuicios ideológicos antisoviéticos que le restan objetividad al estudio.

Un elemento que se configura como actor central en la exposición del profesor Goldman es el referido al relativo retraso tecnológico soviético con respecto a los países capitalistas altamente desarrollados y, en particular, a los EUA. El hecho es real y en el caso de la industria del petróleo históricamente se ubica en el ren-

glón de la perforación para extraer los hidrocarburos. La explicación del autor se finca, de manera dominante, en la URSS y la planeación socialista son incapaces de ir más allá de una producción en línea, falta de calidad y diversificación. Sin faltar, desde luego, los consabidos elementos de burocratismo y falta de incentivos productivos.

A nuestro parecer Goldman, llevado por sus prejuicios ideológicos, subestima en gran medida las agresiones que ha sufrido la URSS por medio de boicots, sabotajes, interferencias y bloqueos, desde el triunfo de la revolución socialista de 1917, y el petróleo no fue una excepción. Más aún, con la misma ligereza se menosprecian las gravísimas repercusiones que le provocó a su economía la devastación humana —20 millones de ciudadanos soviéticos— y material, la ocupación nazi de más de la mitad de su territorio durante la Segunda Guerra Mundial, además de haberse visto obligada a orientar su planta productiva a fines de defensa bélica entre 1941 y 1945. Pese a todo ello y a indudables fallas, errores y equivocaciones de la política económica soviética, en 70 años han logrado un nivel de desarrollo paralelo al de las grandes naciones industrializadas de la esfera occidental, incluyendo a los EUA.

Otra apreciación que consideramos desafortunada del estudio,

sería aquella que basándose en los importantes ingresos que obtuvo la URSS por exportaciones petroleras a partir de 1973, se llega a la conclusión de que: “Mirando el comportamiento de la balanza comercial soviética durante los años setenta, se podría rápidamente concluir que este país se ha convertido en una economía monoprodutora: petróleo”. [p. 91]

Ciertamente, con los aumentos de los precios internacionales del crudo los cambios en las balanzas comerciales de los países exportadores fueron radicales, lo fueron en el caso de la URSS. De acuerdo con los datos del propio autor, “[...] hacia 1976 las materias primas eran responsables del 80% y el petróleo del 50% de todos sus ingresos en divisas fuertes (hacia occidente) [...] y del 50% de todas sus exportaciones al GAMBIA [...]” [pp. 91-92]. Pero de ahí a concluir un carácter monoprodutor de la economía soviética creemos que hay una gran distancia. Máxime si se toma en cuenta que el comercio exterior de esta nación hacia la esfera occidental, no se norma bajo las políticas económicas básicas que rigen a los países capitalistas. Aspectos que el propio autor reconoce al señalar que:

Los soviéticos nunca han comulgado con el credo mercantilista de exportar por el beneficio en sí mismo. Normalmen-

te sólo exportan en relación a lo que tengan que pagar por sus importaciones. Una vez que han obtenido lo suficiente para pagar sus facturas, es usualmente todo lo que hacen. [p. 96]

Después de efectuar un conjunto de reflexiones y análisis respecto a las reservas de hidrocarburos, las posibles mejoras en los métodos de extracción, los potenciales descubrimientos de nuevas zonas petroleras, los avances tecnológicos petroleros, Goldman concluye:

Dados los apropiados incentivos y herramientas, los soviéticos mantendrán una buena posibilidad en el descubrimiento de nuevos campos, así como campos más profundos en las existentes áreas. Considerando las dificultades de la tierra y el clima, y la casi contraproduktiva naturaleza del sistema de incentivos, lo que resulta sorprendente no es que ellos no hubieran descubierto más petróleo, sino que hayan descubierto tanto como lo han hecho. [p. 135]

Habiéndose concluido el estudio en el año de 1979, lo sucedido durante la década de los ochenta le da, al autor, un punto a su favor si recordamos que, hasta nuestros días, la URSS ha mantenido su autosuficiencia a la

vez que continuaron participando con la oferta del mercado petrolero occidental, con poco más de 1 MMBD en promedio, hasta suspender durante los primeros meses de 1986 estas exportaciones; y después reiniciar cautelosamente, dada la debacle de precios que se ha producido.

Un apartado que resulta interesante —y tal vez el más objetivo— es el que se realiza en torno a la perspectiva energética de la URSS. Ya que a pesar de tener este país entre el 35 y 40% de las reservas mundiales de gas, el 59% de las de carbón, haber sido los primeros en construir una planta nuclear —junio de 1954— y contar a la fecha con unos 45 reactores instalados, resultan pertinentes algunos de los señalamientos críticos que se efectúan en cuanto a la falta de profundización en su política de ahorro energético. Si bien Goldman reconoce que globalmente la estructura del destino final del energético es mucho más racional en la URSS que en los EUA: 59 y 35% para usos industriales, 31% para ambos en uso residencial y 34 y 10% para el renglón transporte, respectivamente; y reconociendo de manera particular que con tan sólo una sexta parte del total de vehículos automotores que poseen los EUA —130 millones contra 20 millones de la URSS— “[...] los soviéticos tienen uno de los mejores sistemas de transportación en el

mundo” [p. 121], no obstante estas consideraciones, el autor repara en los obstáculos y dificultades que han tenido para disminuir el consumo energético industrial.

En las partes finales, el profesor Goldman se «cubre» y se pregunta: ¿y si la CIA tiene razón y la URSS se ve obligada a efectuar las importaciones de crudo estimadas por este organismo? La objetividad se pierde y el autor aventura posibilidades tan fantásticas como las de la CIA, al señalar que los soviéticos se verían obligados a invadir y ocupar a alguna nación productora del Medio Oriente, si bien no de manera directa dadas las reacciones internacionales por la «invasión» de Afganistán, sí a través de “[...] liderar una intervención de sus aliados como Cuba, Alemania del Este o los vietnamitas” [p. 155].

Finalmente, el trabajo concluye dando una respuesta precisa a cuál debiera ser la política norteamericana respecto a si facilitar o no (o al menos no obstaculizar) la obtención de tecnología para su expansión petrolera y el sentido es afirmativo:

Ciertamente existe el peligro de impulsar a la economía soviética, pero también hay una ventaja al incrementar su producción, particularmente cuando ellos han estado exportando, consistentemente, cerca del

25% de ésta. Cualquier cosa que pueda ser efectuada en cualquier lugar del mundo para incrementar la producción petrolera debería ser contemplada dentro de nuestros intereses a largo plazo”. [p. 164]

El éxito, aunque temporal, de la estrategia petrolera norteamericana, y de los países altamente consumidores haciendo caer los precios del petróleo a los niveles que ha presenciado el primer se-

mestre de 1986, sin duda se basaron en políticas como las que concluye el profesor Goldman. Por otra parte, todo apuntaría hacia que, en las nuevas condiciones del mercado internacional petrolero y el recién acaecido accidente de la planta nuclear soviética de Chernobyl, la URSS pudiera efectuar ajustes en su política energética y en especial en la del petróleo, incluyendo su participación en el mercado occidental.